

Liber Psalmorum cum Canticis Breviarii Romani. Nova ex textibus primigeniis interpretatio latina cum notis criticis et exegeticis cura «Professorum Pontificii Instituti-Biblici». Romae, 1945. Pont. Inst. Bibl. XXXII, 350 págs.

La Comisión de profesores del Instituto Bíblico que por mandato del Sumo Pontífice ha llevado a cabo la nueva traducción latina del Salterio y de los Cánticos del Breviario, ha creído también cierta obligación suya preparar por sí misma una edición de ella, provista de cuanto pudiera parecer necesario para una decorosa inteligencia del texto sagrado y en la que se diese razón a quien quisiera demandarla de las normas y criterios que han presidido su labor. He ahí la razón de las notas exegéticas y críticas que la acompañan y de los prolegómenos que la preceden. Así nos lo dicen los autores en la prefación.

A ésta han hecho seguir, a modo de prólogo, el *Motu proprio* de Su Santidad Pío XII *In cotidianis precibus*, que al mismo tiempo que explica el motivo de la nueva traducción, confiere a ésta la prerrogativa singular de ser admitida a la par con la venerabilísima traducción que por tantos siglos ha usado la Iglesia latina en el rezo litúrgico de los salmos. Esto ya muestra suficientemente que el Sumo Pontífice ha quedado plenamente satisfecho de ella, y explícitamente lo atestigua al decir que la versión «se ha llevado al cabo con el cuidado y diligencia debidos» (página X).

La introducción propiamente tal de la obra la forman los prolegómenos, que se extienden desde la página XI a la XXXI, divididos en dos capítulos. El primero (páginas XI-XXII) es un breve, pero muy jugoso resumen de las cuestiones de introducción al libro de los Salmos, presentadas con fin meramente práctico. En él, después de un párrafo en que se pone de relieve la índole sagrada de los salmos, se trata en sendos artículos de los géneros y argumentos de los salmos, del libro y su formación, de los títulos, de los autores, del texto y versiones de los salmos. Las cualidades de claridad, seguridad de doctrina, reverencia al libro sagrado con que se tratan todas esas cuestiones, son ordinarias en los escritos del Instituto Bíblico. Tampoco hay novedad en las ideas, que son las del P. Vaccari, en la introducción a los salmos del vol. 2.º, III de las *Institutiones Biblicae* del mismo Instituto, presentadas más compendiosamente y de modo asertivo, sin mención de opiniones contrarias y sin indicaciones bibliográficas.

El segundo capítulo de los prolegómenos introduce directamente en la nueva versión, y ofrece por eso mayor interés. En él, con la extensión suficiente, nos presentan sus autores en tres artículos las peculiaridades de su traducción cuanto al texto, a la lengua y a la estructura poética (1). Helas aquí en resumen:

Por lo que hace al texto, manifiestamente alterado en muchos puntos, aunque esté bien conservado en lo sustancial, era necesaria una labor de reconstrucción que lo hiciera lo más semejante posible al que salió de las manos de los autores sagrados. Este trabajo lo han emprendido los editores con un criterio que evita los extremos de nimio aprecio e injustificada desestima del texto hebreo actual. Así,

(1) El contenido de este segundo capítulo fué expuesto más ampliamente por el R. P. Agustín Bea, Presidente del Instituto Bíblico, en una conferencia tenida el 25 de abril de 1945 en la Pontificia Universidad Gregoriana, y publicada, cuanto a la sustancia, en *Biblica* 26 (1945), págs. 203-237. De ella tomamos algunos datos referentes al modo como se llevó a cabo el trabajo.

concediendo, en general, la primacía al texto de la lengua original, no han dudado apartarse de él en muchos casos atendiendo a la versión griega, o a la siriaca, o a los otros testigos antiguos de la tradición textual, y no temen en los casos más espinosos echar mano, siempre con cautela y fundados en razones paleográficas o en el paralelismo, de la conjetura. Para todo este trabajo han aprovechado el material reunido en comentarios y ediciones críticas, principalmente del abundante que presenta Francisco Buhl en la *Biblia Hebraica*, de KITTEL, 3.^a edición de KITTEL y KAHLE. Con su trabajo creen los editores que han llegado a obtener el texto en la forma que tendría en el siglo II (o III [Bea]) a. Ch., la más antigua que se puede restablecer mientras no se halle—cosa poco probable—algún otro testigo del texto hebreo de época más remota.

Cuanto al lenguaje, los traductores han evitado en su versión todo lo que en el latín del Salterio galicano dificulta la inteligencia del sentido, tal como el uso impropio de los tiempos, el servilismo en conservar semitismos ininteligibles en la lengua del Lacio (como la repetición del pronombre posesivo después del relativo, la partícula *si* para expresar el juramento, el uso de las preposiciones *a* o *ex* en vez del comparativo), el empleo de vocablos enteramente nuevos desusados en el buen latín o usados con sentido diverso.

Para la traducción han elegido un latín fácil y sencillo, sí, pero más vecino al de la época clásica que al de la baja latinidad. Han querido, con todo, que no discrepase del latín usado por la Iglesia en la sagrada liturgia y fuese, por tanto, con propiedad latín eclesiástico. Para eso, o bien han conservado las palabras de la Vulgata, siempre que expresaban fielmente el pensamiento del texto hebreo y no había razón rítmica en contrario, o cuando no juzgaban posible su conservación han tenido cuidado de sustituirlas con vocablos usados por la misma Vulgata en los libros del Antiguo o del Nuevo Testamento. Ese sello eclesiástico lo marcan también de una manera singular los vocablos específicamente cristianos, que han juzgado los autores que era religión conservarlos, aunque no se hallen en autores de buena latinidad o les den otro sentido, como también algunos hebraísmos o semitismos más frecuentes y fáciles de entender o modos de hablar hebreos tomados de la vida, religión y costumbres del pueblo hebreo, y que no se podían alterar sin privar a la versión de lo que es peculiar distintivo del lenguaje de los salmos. Tampoco han querido traducir los nombres propios como lo hace la Vulgata. Para evitar el embrazo que todo eso podría causar en los que rezan bastarán las breves explicaciones de las notas.

Los traductores han atendido también a la forma o estructura poética de los salmos, y han querido conservar ante todo lo más característico y sustancial de ella: la ley del paralelismo de los miembros. Por eso han dispuesto la versión por esticos. También han hecho que resaltaran en ella los otros recursos estilísticos propios de la poesía, como anáforas y epíforas, estribillos y estructura alfabética. Y aun han dado cabida de algún modo a la división estrófica en cuanto distinguen diversas secciones, guiándose por el sentido y argumento o por otros criterios ciertos de división estrófica, como estribillos, acrósticos; nunca, empero, por leyes cuya existencia puede discutirse. Por último, han procurado una grata sucesión de sílabas y acentos, que, en cierto modo, puede llamarse ritmo, que se halla también en la *Vetus latina* y en la Vulgata.

Obra emprendida con tales propósitos y a la luz de criterios tan sanos y pru-

denes, llevaba en sí sólidas prendas de buen logro; mucho más habiéndose llevado a cabo con un trabajo tan admirablemente organizado, como indica el P. Bea en su conferencia (a. c., pág. 204).

No menos de seis profesores intervinieron en él, todos de reconocida competencia en los ramos de la ciencia bíblica más relacionados con la tarea emprendida. En alguna revista hemos leído que los profesores eran los PP. Bea, Zorell, Vaccari, Merk, Semkowski y Köbert. Su labor no fué toda individual. Los seis PP. formaban una Comisión que, después de haber determinado las normas que hemos visto expuestas en los prolegómenos de la obra, discutía en sesión plenaria los esquemas de las traducciones de cada salmo, preparados privadamente, y los sometía a enmienda conforme a las observaciones hechas, hasta que después de tres, cuatro y a veces cinco discusiones, parecía a todos que respondía al ideal propuesto (cfr. BEA, l. c., pág. 204). Interesante es también para conocer el caudal de trabajo dedicado a la versión, el dato que da el mismo P. Bea (l. c.) de haberse empleado tres años y medio en la confección del manuscrito presentado a Su Santidad.

A los prolegómenos sigue la traducción de los 150 salmos, presentados siempre con el mismo esquema: numeración según la Vulgata y entre paréntesis según el TM, epígrafe que condensa el argumento, compendioso resumen ideológico con indicación por medio de números romanos y a veces de las primeras letras del alfabeto, de las distintas secciones o estrofas, y después de casi cada salmo, notas críticas brevísimas y otras explicativas más o menos breves, siempre concisas y macizas.

Las notas críticas presentan las lecciones hebreas que se han sustituido en la versión a las del texto masorético. Las otras son, en general, de índole exegética. Algunas contienen traducciones más literales del texto hebreo (cfr. v. gr., páginas 118 [119], 58), o traen razones que apoyan la lección crítica admitida (v. gr., 109 probables [118], 122; 135 [136], 15; 37 [38], 1), o discuten el sentido de alguna expresión oscura (125 [126], 6), o dan alguna indicación sobre el autor 89 [90], 1), o el tiempo de su composición (v. gr., 62 [63], 1), siempre mirando a facilitar la inteligencia del salmo.

En la misma forma es presentada al fin del salterio la traducción de los cánticos del breviario.

La impresión general que en el ánimo deja la lectura y examen de esta parte principal de la obra, es la de que ella ha logrado realizar plenamente las aspiraciones de los autores y las esperanzas que los prolegómenos hacían concebir.

Notemos algo, siguiendo la división de los prolegómenos, del texto, de la traducción y su forma literaria y de la forma poética.

Todos habrán aplaudido, a lo que creo, el acierto de haber tomado como fundamento de la traducción el texto hebreo, aun aquellos que, por reverencia a la versión usada por la Iglesia Latina, abogaban por que se conservase la Vulgata más o menos corregida. Para persuadirse de ello basta comparar un salmo cualquiera tal como se halla en la presente traducción con el esquema correspondiente presentado por algunos de los que tomaban la otra posición (cfr., v. gr., ARCONADA (R.), S. I.: *Ecclesiae psalmi paenitentiales*, Romae, 1936; J. COPPENS: *Pour une nouvelle version latine du Psautier*, en *Ephém. Theol. Louvanienses*, 13, 1938, páginas 5-53). Eso aunque no hubiera mediado precepto expreso del Sumo Pon-

tífice, que, por otro lado, es el único que podía decidir en esta materia. El también ha dado en su Encíclica *Divino afflante Spiritu* la razón primordial de esa elección, a saber: la mayor autoridad que tiene un texto que procede del mismo autor sagrado sobre todas las versiones, por muy buenas que sean, antiguas o modernas.

Pero el texto hebreo cual ha llegado a nosotros necesitaba corrección. No es necesario un examen detenido de las notas críticas de la nueva edición para advertir que los traductores han llevado a cabo ese trabajo sin timidez ni audacia. Cerca de 500 enmiendas (496 son las indicadas en las notas (1), algunas de ellas repetidas en dos versos seguidos), conteniendo adiciones y omisiones—unas y otras en corto número y muy breves, trasposiciones y principalmente sustituciones de vocablos o de vocales—, representan una corrección bastante amplia del salterio; pero también muy moderada en comparación de la que introducen la mayoría de los críticos independientes. Prudencia y decisión revela, pues, ese número.

Examinando un poco esas enmiendas se nota pronto la autoridad que se ha concedido a la traducción griega, y, por tanto, a la venerable Vulgata latina, que, en general, coincide con ella. No menos de 254 enmiendas se han hecho reformando el TM conforme al de G., o por lo menos, como sucede unas 25 veces, adoptando una lección más afín al de aquella versión. Y eso 82 veces—con dos más de la Vulgata—, aun cuando G. se halle solo, mientras que a los otros testigos sólo se les sigue cuando coinciden dos o más de éstos 58 veces, y muy pocas (Pessito, 9; San Jerónimo, 5; Targum, 4; Simaco, 1, y manuscritos hebreos aislados, 6) si se presentan solos.

En eso han cumplido el deseo de Su Santidad, expresado en el *Motu proprio In cotidianis precibus*, de que la nueva versión encargada «tuviera cuenta en cuanto se pudiera de la antigua venerable Vulgata y de las demás versiones antiguas». Deseo justo y fundado en el hecho bien demostrado de que esas versiones, y principalmente la más antigua y de más autoridad, la griega, representa en muchos casos una forma de texto muy anterior a las del TM y, por ende, más pura y más próxima a la original.

El examen particular de las correcciones muestra—en cuanto podemos juzgar—que han sido acertadas. Entre ellas, para poner algún caso concreto, nos congratulamos en la del v. 3 del salmo 109 (110), que deja a un lado—contra lo que había hecho el P. Vaccari, quien lo corrige levemente *en una nota*, y el P. Zorrell—el oscuro, aiambicado y poco coherente TM, y sigue sustancialmente al G. Es verdad que la lección elegida no está exenta de dificultades—el cambio de *mērèhem* en *beferem* parece arbitrario, y la comparación con el rocío es oscura y hace sospechar que palía alguna otra lección primitiva—, pero, en conjunto, al menos *praeferenda videtur*, como dicen los traductores. El caso es, con todo, difícil y oscuro. De ordinario el motivo de la corrección es más claro y decisivo. Y que, en general, no se mueven a corregir sin tales motivos muéstranlo algunos casos en que no pocos auto-

(1) Por descuido, sin duda, se ha omitido señalar alguna otra corrección introducida en el texto. Así, 54 (55), 24 (añaden *Domine* con G.); 63 (64), 6 (leen *nos, lānū* con SHi, contra *lāmō* del TM); 67 (68), 31d (leen *dissipa, bazzēr* con GSHi, contra *bizzar* TM); 70 (71), 20 (leen los sufijos en singular con QVrss.); 83 (84), 5 (añaden *Domine* con Vg., contra TM y G, que lo omite aquí, aunque lo añade en el v. 6); 146. 147 (147), 1 (añaden con G *hallā'et lahwe(h)* o repiten *Hallā Iah*). En 134 (135) traducen *mamlēkôt* por *reges*, como si hubieran leído *malkê(y)*, aunque no hay lecciones variantes.

res (Calès, Nácar, Kittel³, Gunkel y otros) se inclinan por la lección griega, como en Ps. 2, 6 (*nīsgaktī malkō ... qodšō*), movidos por el enlace lógico más fácil que ofrece, sobre todo si, como insinúa Calès, se pone todo el salmo en boca del Mesías. En este caso y en otros en que la versión griega presenta verdadera probabilidad (cfr. ps. 3, 3, *bē'lōhā(y)w* por *bē'lōhīm*; 61 (62), 9, *kol-ādat* por *bekol-ōet*, etc.), retienen la lección masorética. Dado que, en crítica textual del AT, para deducir la lección verdadera no bastan el número y peso de los testigos, sino que hay que tener presentes otros criterios internos, cuya apreciación ha de tener algo de prudencial, será imposible que los juicios emitidos aún por los más sensatos satisfagan plenamente a los demás. Lo que todos habrán de confesar es que los juicios de los traductores tienen un fundamento objetivo y que su estima por el texto hebreo no es tal que les lleve a admitir lecciones que no ofrezcan sólida probabilidad.

No dudan tampoco, cuando la lección hebrea aparece evidentemente alterada y los testigos no bastan a sanarla, en acudir a las conjeturas, como lo hacen otras traducciones modernas. Por desgracia, ya que en crítica textual del A. T. no se dispone ni del número ni de la antigüedad de documentos con que cuenta la neotesamentaria, la conjetura es un recurso necesario, aunque no todos los críticos usan de ella con la debida moderación. Hemos visto los límites que los autores de la nueva versión se han fijado en su empleo.

Aun así, podría parecer excesivo el número de conjeturas que han admitido si no se examinan una por una. El número de correcciones señaladas en las notas es, como hemos dicho más arriba, 496. De ellas 338 se apoyan en una base más o menos extensa de testigos tradicionales; las otras 158 (es decir, más de un 31 por 100 del número total) se fundan en motivos de crítica interna. Es, pues, a primera vista, un número bastante elevado. Pero el estudio de ellas hace ver que no se han aceptado nunca sin suficiente motivo.

En primer lugar, las conjeturas propuestas por los traductores son generalmente las admitidas comúnmente por los otros autores católicos sensatos, aunque no faltan algunas que o son tal vez de los mismos autores o están menos extendidas. Así, para nosotros, ofrecen novedad, v. gr., 63 (64) n. (1) *yissāphēhū* por *ysapporā*; 67 (68) n. (8) *yitrappēsū* (mem ex dittogr), ambas naturales y que dan sentido muy apto. Alguna vez, muy rara, se llama en auxilio a otra lengua oriental, v. gr., al árabe (16 [17] n. (3), para determinar el sentido) y al *acádico* (67 [68] n. (9).

Además, las conjeturas versan casi siempre sobre correcciones levisimas. Compárense en su número e importancia con las de algunos de los críticos independientes y se apreciará en seguida la moderación y prudencia de los nuestros. Gunkel, por ejemplo, en vez de las diez correcciones (por error se repite (9) dos veces y se omite la llamada (9) en el verso 41 del texto) que hallamos en la edición del Int. Bibl., en el salmo 17 (18) con solas tres conjeturas, introduce unas 43, 28 de ellas meras conjeturas, en las que, además de otros cambios del texto, excluye unas 23 palabras del texto actual, generalmente por razones métricas.

Por último, si se examinan en sí las conjeturas de la nueva versión dan muchas de ellas la impresión de que nos devuelven el término o frase original oscurecidos o alterados en los documentos, o que no deben estar muy lejos de ello. Algunas, en cambio, no acaban de llenar, la de Ps. 139 (140), 10, por citar un ejemplo, que no da al verso el paralelismo perfecto que tienen los demás, haciéndolo pasar de la enunciación al deseo, tránsito raro dentro de un mismo verso. Verdad es que no se

ha presentado conjetura que satisfaga del todo, pero nos inclináramos más a la de Zorell o a la de Calès.

En los pasajes que parecen irremediabilmente oscurecidos (y en eso muestran también los traductores su moderación), en vez de dar libre curso a suposiciones gratuitas y alterar arbitrariamente el texto, prefieren dejar éste cual está y aclarar en la nota exegética el sentido aproximado que parece tener (Cfr., v. gr., Ps. 57 [58], 8-10; Ps. 104 [141], 6, 7.)

Pero esos son casos aislados, y, en general, el texto corregido de la traducción ofrece un sentido claro, bien definido y, como hemos dicho antes, bastante más próximo al primitivo que ninguno de los testigos actuales.

La traducción misma nos ha parecido tan bien lograda que la tenemos casi por insuperable. Cuanto a la fidelidad, no cede ciertamente a ninguna de las que en los últimos decenios han aparecido en diversas lenguas, pero su principal acierto ha sido, a nuestro juicio, haber sabido elegir entre las diversas formas del latín la que más cuadraba al carácter de los salmos y al fin práctico para el que la traducción estaba destinada. El plan tan atinado de hermanar en ella la buena latinidad, exigida por el decoro y aun por ser ella misma la que los clérigos han estudiado en sus cursos de formación humanística, no era ciertamente fácil, y requería gran conocimiento de ambas lenguas y muy buen criterio literario, pero no faltaba en la Comisión de traductores quien se había mostrado eximio en ambas cosas. Así, el plan se ha llevado felizmente a la práctica, y de ese modo, con la tradición del lenguaje de la liturgia se ha dotado a los cánticos sagrados del salterio de la más adecuada veste literaria latina, noble y sencilla a un tiempo, de contextura clásica y de severo corte eclesiástico. El medio de lograrlo, ya nos lo han dicho los traductores en los prolegómenos, ha sido conservar de la Vulgata cuanto las normas del buen latín, la fidelidad en reproducir con exactitud y claridad el pensamiento original o razones de ritmo, no exigían que se alterase. Con lo cual se ha obtenido también que la nueva versión, aunque hecha directamente del original, tenga, no obstante, cierto *aire de familia* con la Vulgata y que no haya en ella nada que disuene al oído avezado al lenguaje litúrgico. Es casualidad que han de agradecer los que estaban ya hechos por la costumbre a la antigua versión, y ha de satisfacer mucho a quienes por amor a la tradición eran partidarios de un mero retoque de la Vulgata. Con él, como hace notar el P. Bea (a. c., pág. 234), la traducción hubiera cesado de ser la antigua Vulgata que ellos querían a todo trance conservar y no se hubiera conseguido eliminar completamente cuanto en ella se opone a la fácil y sabrosa inteligencia de lo que quiso expresar el Divino Espíritu. En cambio, la que han elaborado los traductores pontificios, a pesar de estar hecha directamente sobre el texto hebreo, ofrece el aspecto de una Vulgata enmendada con un criterio amplio, que no teme sacrificar los términos materiales si con ello consigue desembarazarla de cuanto por una razón o por otra de algún modo la afeaba, a fin de que en su nueva forma refleje no menos que cualquiera de las traducciones modernas, como de ellas dice el Sumo Pontífice en su *Motu proprio*, «la eximia claridad de dicción, belleza de pensamiento poético y profundidad de doctrina que brillan en la lengua original de los cánticos del salterio (cfr. pág. VIII).

Los traductores han tenido particular cuidado de no oscurecer en lo posible ninguna de esas cualidades del original, y han puesto también singular empeño en que a través de su versión pudiéramos los que por obligación recitamos diariamente los

salmos gozar del placer espiritual que el Espíritu Santo quiso comunicar a los hombres por medio de tan sublime poesía.» (BEA: o. c., pág. 234.) A nuestro juicio, lo han logrado en grado eminente, pero notamos que para eso no han tenido muchas veces más que sustituir algunos vocablos en la traducción antigua, poner los verbos en el tiempo debido, etc., pues que con frecuencia eran cosas bien pequeñas las que empañaban el brillo de tales bellezas. Compárese alguno de los trozos que trae el P. Bea como modelos de belleza literaria (v. gr., Ps. 128 [129], 1-4) en una y otra versión. Otras veces los recursos del buen latín omitidos en la Vulgata expresan esas bellezas con más valor y realce (cfr., v. gr., Ps. 103 [104], 7).

Tal vez lo que más las ofusca y deforma el pensamiento de muchos salmos en la Vulgata es la deficiente traducción de los tiempos verbales. No hay por qué decir que en eso es también excelente la nueva traducción, si bien por la imprecisión propia del hebreo, en este punto podría alguien opinar que en tal o cual verso o perícopa hubiera sido más oportuna la elección de un tiempo por otro. De hecho suele haber bastante discrepancia en este punto entre unos autores y otros—también en algunos lugares entre la versión actual y alguna de las de los PP. Zorell y Vaccari, y, en general, la traducción de los tiempos en los salmos—es tenida por de lo más difícil y delicado.

Cuanto a la forma externa poética, era natural que la nueva versión atendiera con cuidado a hacer resaltar los elementos externos propios de la poesía hebrea, particularmente el paralelismo de los miembros, oscurecido no pocas veces en la Vulgata. Es algo común a todas las traducciones modernas, y debido al gran valor que se concede a esa ley fundamental de la contextura poética hebrea, no sólo como elemento estético, sino exegético... Digamos también que la división de los esticos y versos fundada en el paralelismo ha de dar, a nuestro juicio, singular belleza y atractivo al canto litúrgico, sobre todo por haberse también cuidado, sin duda, en atención a él principalmente, de conservar un ritmo por lo menos no inferior al que tenía la traducción antigua.

Las notas explicativas que van al final de cada salmo, así como el epígrafe y los sumarios, si no llegan a suplir el comentario, son lo que pretenden los autores: un auxiliar valioso para entender y gustar el contenido de los cánticos sagrados. Los sumarios son sumamente orientadores. En las notas no hay nada inútil, y van siempre encaminadas a facilitar el conocimiento íntimo de los salmos. Por eso omiten todo lo de mera erudición y, en cambio, no dejan de aludir, cuando la ocasión es oportuna, al sentido típico señalado en el N. T. (v. gr., Ps. 40 [41], 10) o a la aplicación que hace la Iglesia en su liturgia (v. gr., Ps. 110 [111], 5), o al sentido más alto de que son capaces las palabras conforme al espíritu de la nueva Ley (110 [111], 5; 127 [128], nota final). De varias de ellas se exhala también un aroma de ingenua piedad muy en consecuencia con la índole práctica de la obra.

Para terminar, notamos que la edición del Instituto Bíblico está hecha con mucha corrección, particularmente el texto de la traducción (1), y que su presentación

(1) En las notas se han deslizado algunas erratas. Algunas de ellas las hemos hallado corregidas en la segunda edición, que llega a nuestras manos cuando íbamos a entregar esta recensión para la imprenta. Conforme al ruego que hacen los editores en el prólogo de la segunda edición, indicamos las erratas que hemos visto repetidas en la segunda: Ps. 5, n. (4), dice *bepimô* por *bephimô*; Ps. 17 (18), n. (9)

externa es pulcra y muy bien dejada. La segunda edición, que apenas hemos podido hojear, no difiere, como advierten los editores en la prefación, de la primera más que en algunas ligerísimas variaciones del texto, introducidas ya en la edición litúrgica. Su forma exterior es casi la misma, aunque el papel es inferior. No está impresa en la imprenta poliglota vaticana, sino en la «Schuola tipografica Pio X». El *imprimatur* es de 15 de agosto de 1945; el de la primera, de 1.º de marzo del mismo año. Tan poco tiempo bastó para que se agotara la edición. Clara señal de la avidez con que se ha recibido.

Bien venida sea versión por la que tanto se ha suspirado y que tan colmadamente ha satisfecho nuestros deseos. Nuestra más férvida gratitud al Padre común de los fieles, que tan inesperadamente los ha cumplido, dedicando su solicitud y atención entre tan punzantes cuidados como apremiaban a una empresa que parece que no podía planearse ni llevarse a cabo en medio de los horrores de la pasada guerra. El dió el encargo de que se preparase la versión, a pesar de las dificultades que veía en ella. El se interesó vivamente—nos lo dice el P. Bea (o. c., pág. 204)—por la marcha de su preparación (hasta querer ver los esquemas a medida que quedaban acabados, si es verdad lo que oímos de persona, a nuestro parecer, bien informada), y una vez terminada se apresuró a ponerla en manos de los que quisieran usar de ella para cumplir los piadosos deseos de tantos de «tener para el rezo cotidiano de los salmos una traducción latina en la que apareciera con mayor claridad el sentido pretendido por el Espíritu Santo, se expresaran más adecuadamente los afectos del salmista y se pusiera en mejor luz la belleza artística y vigor de la palabra» (página VIII).

Nuestra gratitud también y nuestros plácemes a los doctos Padres Profesores, nuevos Jerónimos, que con inteligente diligencia y constante trabajo han sabido secundar los deseos del Sumo Pontífice. Que su labor produzca los frutos que Su Santidad espera de ella.

LUIS BRATES, S. J.

(por (10) corregida en la segunda edición [n. (11)]); 'ādikkēm por 'ādiqqēm; Ps. 21 (22), nota exegética al v. 17, ka'ari por ka'ari; Ps. 33 (34), n. (3), ūp^enē(y)kēm por ūp^enē(y)kēm; ibid., n. (5), dice: vel pone v. 18 ante 17 por v. 17 ante 16; Ps. 61 (62), n. (3) miš^e'ti por miš^e'ēti; Ps. 90 (91), nota exegética al v. 14, hā šak por hā šaq.